

Ave María

*Has escondido estas cosas a los sabios y a los eruditos
y las has revelado a los pequeños*
(Adviento, 1^{er} martes, evangelio: Lc 10, 21).



A los hermanos de Nuestra Orden

Queridos hermanos:

Con ocasión de la Santa Navidad y del principio del Año Nuevo deseo presentarles mis felicitaciones y quisiera reflexionar con ustedes sobre el tema de la pequeñez, en la cual Jesús pone mucha atención, deteniéndome sobre la relación de los adultos con los pequeños y los excluidos. Partiría de la alabanza que hace Jesús en el evangelio de Lucas al comienzo del tiempo de Adviento (cfr. Lc 10, 21-24).

El Padre benévolo hacia los pequeños

Según el evangelio, Jesús exultó de alegría en el Espíritu Santo y dijo:

“Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a lo sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre; y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10, 21-22).

Jesús alabó al Padre, Señor del cielo y la tierra, por su atención hacia los pequeños, a quienes son revelados los misterios del Reino. Alabó al Padre por su benevolencia, porque a sus ojos nada pasa inobservado, nada se esconde, ¡hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados!

Pero ¿quiénes son los pequeños, a los cuales Dios pone tanta atención? En los evangelios, la expresión “pequeños” a veces a “los niños” que no gozan de mucha consideración, otras veces indica a los sectores excluidos de la sociedad; Jesús, él, se puso de la parte de los pequeños, de los excluidos, de los marginados, y asumió su defensa.

Jesús, pequeño entre los pequeños

Ante todo, Jesús compartió la condición de los pequeños. Él mismo nació no en Jerusalén, centro espiritual de la nación, sino en la periferia, en Belén aldea de David y tuvo como patria la ciudad de Nazaret, en la Galilea de las gentes, ¡de la que no se sabía si podía salir algo bueno! Nació, pues, y creció a los márgenes del centro religioso de Israel. Si al nacer no tenía el alojamiento tampoco durante su ministerio, itinerante, tenía donde reclinar la cabeza. Desde el nacimiento compartió la condición de los últimos, de los “lejanos”, de los sintecho como aquellos pastores que sin demora fueron donde él, reclinado en un pesebre.

Jesús, siervo humilde

Jesús se hizo siervo. Aun siendo de naturaleza divina, *no consideró codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres* (Fil 2, 6-7). Aprendió la profesión del padre putativo José, carpintero, y fue reconocido como tal, *el carpintero, el hijo de María* (Mc 6, 3). Él, llamado más tarde “Maestro” por sus discípulos, quiso vivir en medio de ellos *como el que sirve* (Lc 22, 17). Él se lo dijo explícitamente a ellos: El Hijo del Hombre no ha venido *para ser servido, sino para servir y dar la propia vida en rescate por todos* (Mc 10, 45; cfr. Const. 2). Les enseñó a sus discípulos a hacer lo mismo: Los jefes de las naciones ejercen su dominio sobre ellas, y los que tienen autoridad reciben el nombre de benefactores. Pero ustedes no procedan de esta manera. Entre ustedes, el más importante

sea como el menor, y el que manda *como el que sirve* (Lc 22, 25-26). Jesús invitó así a sus discípulos a hacerse siervos los unos de los otros, a lavarse los pies unos a otros.

Jesús, defensor de los pequeños

Jesús asumió la defensa de los pequeños. Según el evangelio, él insistió a menudo sobre la acogida a ofrecer a los pequeños: *El que recibe a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, no es a mí a quien recibe, sino al que ha enviado* (Mc 9, 37); *y quien dé un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños sólo porque es discípulo mío, les aseguro que no se quedará sin recompensa* (Mt 10, 42). Él les pidió a sus discípulos que no despreciaran los pequeños, y que no los escandalizaran; demostró claramente que delante de Dios los “pequeños”, los niños, vienen antes que los grandes, los adultos. Quiso visitar en su casa a Zaqueo, pequeño de estatura y último en la consideración de la gente, y su visita cambió la vida de este jefe de publicanos, que se comprometió a remediar al mal hecho en pasado. En la parábola del juicio final, Jesús afirmó que los justos serán recibidos en el reino de los cielos, por haber cuidado *uno de estos mis hermanos más pequeños* (Mt 25, 40) en los que él mismo se identifica. ¡Si Jesús insistió tanto sobre la acogida a dar a los últimos, es porque había mucha gente “pequeña”, no acogida, marginada! En efecto, en el Israel de aquel tiempo, mujeres y niños no contaban, era despreciados, y reducidos al silencio. Hasta los apóstoles impedían que se acercaran a Jesús, ya que consideraban que fuera para él una pérdida de tiempo ocuparse de ellos. La ley de Dios, mal interpretada, era usada para legitimar la exclusión y no para permitir la acogida de los excluidos.

Ser pequeños como Jesús

Queridos, acogamos la invitación de Jesús a reconocer la pequeñez de nuestra persona, de nuestro servicio: *Cuando hayan hecho lo que se le había mandado, digan: “Somos siervos inútiles; hicimos lo que teníamos que hacer”* (Lc 17, 10). El 17 junio del año que se acerca será beatificada la venerable Cecilia Eusepi (1910-1928). Es sorprendente la sencillez con que Cecilia, discípula de Jesús, se consideró una *Pequeña-Nada* y así le permitió al Maestro tomar morada en ella convirtiéndose en su fuerza:

Cuando pienso en aquello que soy, me parecen verdaderas locuras mis deseos, es verdad que soy una Pequeña-Nada de Jesús, pero mi apellido ¿no significa quizás alguna otra cosa? Con Jesús la Pequeña-Nada se convierte en el todo, la fortaleza personificada, puedo todo en aquel Dios que me conforta (cfr. Fil 4, 13). (Cecilia Eusepi, Diario, 22 de enero de 1928).

En este tiempo de Adviento, conscientes de nuestra pequeñez y poca sabiduría, demos cada vez más espacio al Señor en nuestra vida. Dejémosnos instruir por él. Sigamos sus consejos y ejemplos. Lleguemos a ser también nosotros heraldos de la buena noticia de salvación para la humanidad entera.

¡Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo!

fr. Angel M. Ruiz Garnica, OSM.

fray Ángel M. Ruiz Garnica, O.S.M.
Prior General



Chennai, el 27 de noviembre de 2011
primer domingo de Adviento
Prot. 518 / 2011